

¡Oh, quién el sueño dichoso
De su inmensidad gozase!
¡Cuánto de tí me revelan
Sus misteriosos cristales!
De ellos tienes lo profundo.
¡Si tuvieras lo mudable!

EL OLIVO

—«Vense mis hojas tristes, y apagado
Su brillante matiz, desde que yerto
Y angustiado Jesús dejó en el huerto
Mi tronco en sangre y en sudor bañado.

Mas del santo rocío penetrado
A eterna vida en nuevo sér despierto
Y cuando el campo palidece muerto
Soy de verdor perenne coronado.

Fecundizada en el temprano brote
Por lágrimas de un Dios la savia mía
Unge al monarca y unge al sacerdote,
Y dejóme del huerto la agonía
Paz en mis ramos que la guerra acote,
Luz en mis frutos que dilate el día.»—

DON VICENTE W. QUEROL

CARTA AL SR. D. PEDRO A. DE ALARCON ACERCA DE LA POESÍA

Amigo, cedo al fin. Los que dispersos
Entregué al aire vano
En mi edad juvenil fútiles versos,
Hoy con piadosa mano
Recojo y cierro en el modesto libro,
Que al triste olvido de la edad entrego,
Ó al duro fallo de los tiempos libro.
Lo engendré en la nocturna
Fiebre de mis pasiones primerizas,
Y hoy guardo en él, como en sagrada urna,
Del corazón las cálidas cenizas.

En él están mis infantiles sueños,
El laurel disputado en árduas lizas,
De la osada ambición locos empeños,
La fe jurada, la esperanza muerta,
La aspiración incierta,
Los horizontes del amor risueños:
Cuanto amé y esperé. Huecas y frías
En el oído extraño,

Ajeno á mi placer, sordo á mi daño,
Sonarán siempre las canciones mías;
Però, al volver sus páginas, yo encuentro
Mi gozo entre ellas ó mi antigua angustia,
Cual suele hallarse dentro
De un olvidado libro una flor mustia.

Yo cobarde no oculto
Mi fe en tí, desdeñada Poesía,
Ni el ciego amor y el fervoroso culto
Con que en tus aras me postré algún día.
No reniego de tí cuando la mofa,
Cuando el villano insulto
Responden sólo á tu vibrante estrofa;
No aparto de mi labio
De tu cáliz de hiel las negras heces,
Ni te abandono al miserable agravio,
Ó á las burlas soeces
Del vulgo, indigno de tu noble estro;
Y cuando ante el siniestro
Tribunal vas de tus inícuos jueces,
Yo, discípulo tuyo, por tres veces
No negaré al Maestro.

¡Santa palabra de Jehová!

—Con ella

Moisés cantó el enojo
Con que borró de Faraón la huella
En sus líquidos antros el mar Rojo;
Con ella sobre Ninive sujeta
Al yugo del pecado, y sobre Tiro,
Y en la anchá plaza de Sidón inquieta,
Quejumbroso suspiro
Ó eterna maldición lanzó el Profeta;

Con ella, junto al cauce
Del extranjero río, su salterio
Colgando al tronco del umbroso sauce,
Lloró Judá su amargo cautiverio;
Con ella dijo su doliente cuíta
Job á la inmunda fiera del desierto;
Y con ella la hermosa Sulamita
Cantó al amor en su cercado huerto.
¡Numen severo de la historia!

—Vive

Todo lo que el poeta
Con sabio ritmo sonoro escribe;
Merece lo que desdeña!—Allá, en la vaga
Muda extensión del páramo infinito,
La soberbia pirámide naufraga;
La esfinge de granito
Se hunde en la arena movediza; el verde
Musgo los templos de Atica sepulta;
La corva reja del arado muerde
Las feraces colinas
Donde su oprobio Babilonia oculta;
El rebaño del árabe se pierde
Entre las vastas ruinas
Que cubren tus llanuras, oh Cartago,
Mientras que en las vecinas
Costas de Italia, con el propio estrago,
Tu egregia vencedora,
La Reina de las águilas latinas,
Sola, entre tumbas profanadas, llora.
Envuelta en el sudario
De un vergonzoso olvido,
Fuera la Tierra el miserable osario

De las humanas razas, si el gemido
Ó el cántico de gloria
De los antiguos vates,
Eco veraz de la solemne historia,
No nos trajera en clamoroso ruido
Sus fragorosas ruinas y combates,
Ayes de muerte y gritos de victoria.
De un siglo al otro siglo el viento lleva
En las vibrantes cuerdas de la lira,
La predicción de la esperanza nueva
Ó el triste llanto de la edad que espira;
Y como en la callada
Soledad de las noches, de astro en astro
Vuela el pálido rastro
De la luz increada,
Así el vate, en la oscura
Noche del tiempo, que el pasado esconde,
Habla á los bardos de la edad futura,
Y Osián los cantos de Ilión murmura
Y Dante al salmo de David responde.
¡Hija de la Belleza!

—A la alborada,

De blanca luz ceñida,
Á la aurora, de púrpura bañada,
Y en la tarde apagada,
De húmeda niebla y de vapor vestida,
Son sus joyas las perlas del rocío,
Las flores son sus galas,
Su claro espejo el transparente río,
Los céfiros sus alas,
Las rojas nubes sus movibles tiendas,
Su blanca cuna las inciertas olas,

Y el ancho espacio las etéreas sendas
Por donde marcha á solas.
Gime en la selva que estremece el viento,
Triste en la fuente solitaria llora,
Canta del ave en el alegre acento,
Ríe en la luz de la naciente aurora;
Y cuando cruza con callado vuelo
La tierra, el mar ó el cielo,
Todo en ritmo sonoro
Vibra al compás del cadencioso metro,
Y en luminoso coro
Van las estrellas de oro
Rodando en torno á su extendido cetro.
¡Hija del sentimiento!

—En la indecisa

Vaguedad del espíritu; en la calma
De la conciencia justa;
Del débil niño en la infantil sonrisa;
En los deliquios lánguidos del alma;
Del corazón en la soberbia augusta;
En la ira noble, en el amor materno,
En la ansia no cumplida,
En los hastíos de la humana vida
Y en el místico amor de un bien eterno;
En el lóbrego abismo,
Cárcel que la pasión fiera quebranta,
En el grito febril del heroísmo,
Y en la oculta virtud, callada y santa,
Como en el crimen mismo,
Ella, la Poésía,
Surge y cruza sombría,
Y el puñal blande ó la oración murmura;

Ciñe á la virgen los nupciales velos;
Solloza en la olvidada sepultura,
Y, en los humanos duelos,
Con la tendida diestra
Á toda angustia inconsolable muestra
La eterna luz de los abiertos cielos.
Tal, en la edad confusa
En que á la vida el corazón despierta,
Yo la soñada Musa
Vi en el umbral de la cerrada puerta,
Que mi ambición ilusa
Juzgó á la gloria y la esperanza abierta.
No entré... pero en mi oído
Sonó el grande rüido
De los santos acordes celestiales;
Y aún hoy, en este olvido
Y en esta amiga sombra,
Donde es la paz un dictamo á mis males,
Entre el silencio escucho, y aún me asombra,
El rumor de los himnos inmortales.

Tú, que has unido á ellos,
Oh dulce amigo, tu canción sonora,
Y alumbraste con vívidos destellos
Esta noche del alma abrumadora,
Brüoso corazón que en las bastardas
Horas sin fe, que nos legó el destino,
Inmaculado aún guardas
De una alta estirpe el resplandor divino,
Abre el libro y no temas,
Al revolver las hojas
De mis pobres poemas,
Que ose en ellos cantar glorias supremas

Ni supremas congojas.
El débil numen que mi verso inspira
Nunca osó ambicionar más noble palma
Que traducir fielmente con la lira
La efusión de mi alma.

Á MARIA

Anoche me decías,
Enlazando tus manos con las mías:
—«¡Perdóname! pero al leer tus trovas,
»Llenas de ansia sin fin y altos anhelos,
»Parece que algo de tu ser me robas
»Y, sin celos de amor, lloro de celos.»
Yo respondí:—«En confusa
»Duda el exceso del amor te abisma.
»Siendo tú de mi canto única musa,
»Tus celos son los celos de tí misma »
Tú, bajando la frente, me dijiste
Con un acento resignado y triste:
—«Siempre el poeta ama
»Algo ajeno á esta vida transitoria.
»Tú olvidarás la dicha por la fama;
»La rival de mi amor llámase Gloria!»
«La Gloria! exclamé entonces;
»Gloria fuera, mi bien, dejar escrito
»Mi amor más duradero que los bronces,
»En versos más eternos que el granito.»
Tú callaste indecisa,
Dudosa entre el placer y los enojos,
Y al par brilló en tu labio una sonrisa

Y una furtiva lágrima en tus ojos.

Luego me hablaste así:

—«¿Por qué un renombre

- »Vano mezclar á nuestras dichas quieres?
- »¡Place la estéril vanidad al hombre!
- »¡Place el callado bien á las mujeres!
- »Amor es un secreto
- »Dicho siempre al oído.
- »La noche busca el amador discreto
- »Como la sombra de la selva el nido.
- »Amor es toda abnegación del alma,
- »Todo desdén profundo
- »Á cuanto turbe la celeste calma
- »Con las luchas del mundo!
- »Amor es un destierro
- »Á las islas desiertas,
- »Y es voluntario encierro
- »Del que el silencio fiel guarda las puertas.»

Yo murmuré:

—«¿Quién sabe

- »Si es la esperanza audaz mentido sueño,
- »Blanca y gallarda nave
- »Que busca en ancho mar puerto remoto,
- »Y al fin náufrago leño
- »Sobre la playa abandonado y roto?...
- »¡Ah! cuando tierna exhalas
- »Las quejas de tu duelo,
- »Mi ambición plega las abiertas alas
- »Temeñosa del vuelo,
- »Y pienso, cuando escucho tu querella,
- »En el símbolo aquel de los amores,
- »Que pinta al pie de la gentil doncella

»Preso al león entre enlazadas flores.»

«Si, añadiste; tú luchas

- »Cuando mi queja apasionada escuchas,
- »Y dudas y vacilas,
- »De la sirena al tentador arrullo,
- »Entre las horas del hogar tranquilas
- »Y los falaces triunfos del orgullo.
- »Vuela, pues, al combate
- »Que el mundo libra con funesta ira,
- »Poniendo al arco de la guerra, oh vate,
- »Las cuerdas de tu lira.
- »Tú á mi lado vendrás triste y enfermo,
- »Con el doliente corazón herido,
- »Como el asceta penitente al yermo
- »Va con ansia de amor y ansia de olvido.»
- «Yo volveré, te dije, con la palma
- »Verde de la victoria,
- »Para ceñir alrededor de tu alma
- »El nimbo de oro de la eterna gloria.
- »¿Por qué tú, de mis versos dulce musa,
- »No habrás de ser acaso,
- »Beatriz del Dante, ó Laura de Valclusa
- »Ó Eleonor del Tasso?
- »Siempre al héroe acompaña
- »El genio inspirador de su alta hazaña.
- »Aquiles vence en la feroz contienda
- »Bajo el escudo protector de Palas.
- »Como la diosa, tú, de la leyenda
- »Harás que en mis combates me defienda
- »La égida santa de tus blancas alas.»
- Callaste. Amanecía.
- Entre mis manos trémulas tu mano

Estaba quieta y fría.
Las aves del jardín alegre salva
Al día hicieron con feliz concierto.
Tú estabas blanca y triste, como el alba
Que iluminaba la pared del huerto.
Yo con miradas contemplaba inquietas
Tus miradas tranquilas,
Y vi en llanto bañadas tus pupilas,
Cual bañaba el rocío las violetas.
Sentí en el pecho de mi loco agravio
El torcedor agudo:
Quise hablarte, y mi labio
Torció á cerrarse mudo.
Han pasado las horas: mayor calma
Ahora reina en mí mismo;
Pero aún sufre en sus vértigos el alma
La atracción del abismo!

DON TEODORO LLORENTE

EL PEGASO

Ver, sentir, gozar ansiaba,
Y por saciar el profundo
Anhele que me inquietaba,
La resolución tomaba
De llegar al fin del mundo.
Una dulce amiga mía,
Llamada la fantasía,
Que me tiene medio loco,
«Contigo voy», me decía,
«Pero el tren anda muy poco.»
«A grupas en mi corcel
Sube». — Subí. ¡Gentil caso!
Cual las velas de un bajel,
Extendió dos alas él,
Y alzó el vuelo. Era el Pegaso.
Como el águila caudal,
Emprendió la sin igual
Vertiginosa carrera,
Que con risa celestial
Regía mi compañera.

Valles y montes se hundían;
Pasábamos á través
De las nubes, y corrían
Imperios, que parecían
Juguetes, á nuestros pies.

El corcel, sin dejar huellas,
Surcó las etéreas salas;
Fulguraban las estrellas
Entre las blancas y bellas
Plumas de sus grandes alas.

Entre mil luceros de oro,
Entre mil soles de fuego,
Por sendas de luz, que ignoro,
Hizome ver sin sosiego
Cuanto ansio y cuanto adoro;

Cuanto admira la ilusión
En perpetua lontananza;
Cuanto, verdad ó ficción,
Sueña la imaginación
Y promete la esperanza.

De este mundo sublunar
Desde entonces no hago caso.
Si algún bien quiero gozar,
No tengo más que gritar;
«¡Abre las alas, Pegasol!»

Á LA ALONDRA

Calla, importuna alondra vigilante,
Que audaz remontas hasta el sol el vuelo:
No despierte á tu voz mi dulce amante,
Soñando que la llaman desde el cielo.

Como en la móvil cuna feliz niño,
Ella el sueño de amor duerme inocente;
Su ebúrneo brazo, que encorvó el cariño,
Da blando apoyo á la tranquila frente.

Extendida su diestra sobre el lecho,
Busca tal vez la mía cariñosa;
Y dormido sonríe, si la estrecho,
El casto labio que humilló á la rosa.

Brisas tempranas los dorados rizos
que el seno inundan, juguetonas mueven,
Y descubren los cándidos hechizos
Que á profanar los ojos no se atreven.

Leo, al pasar sobre su frente pura,
Los pensamientos de su amor risueños;
Y sorprendo temblando mi ventura
En las dulces sonrisas de sus sueños.

Como cubre la luna blanca gasa,
Vela su frente nube pasajera;
Lenta á mis ojos y apacible pasa,
É interna luz su rostro reverbera.

El mudo labio, que entreabrirse quiere,
Deja escapar murmurador gemido,
Y en él confuso y palpitante muere
Mi nombre, una y cien veces repetido.

En un suspiro de amoroso fuego
Por fin el tierno corazón estalla,
Y su labio feliz sonríe luego...
¡Cállate, alondra vigilante, calla!

EL IDILIO DEL ZAPATERO

Vive junto á mi casa un zapatero
Que en la tosca porfia,
De la lezna tenaz y el duro cuero
Pasa ocupado el día.
Pero cuando aparecen las estrellas
En la extensión lejana,
Y el pobre ve brillar dos ó tres de ellas
Por la estrecha ventana,
Arrojando ¡oh placer! el mandil rudo,
Agarra codiciosa
Su mano, aún llena de grasiento engrudo,
La flauta melodiosa,
Y á la brisa que pasa mansamente
Por la obscura calleja,
Da un aire melancólico y doliente,
Cual prolongada queja!
Globos de fuego, esferas de topacio,
Astros de luz y de oro,
Pausados giran por el alto espacio
En acordado coro.
Y húmeda de sudor la sien radiante
Sin compás y sin pauta,
Hace sonar el músico incesante
La quejumbrosa flauta.
Corrientes aguas, puras, cristalinas,
Y mirándose en ellas,
Árboles de las aves peregrinas
Vierten dulces querellas;

Titiro bajo el haya reclinado,
Que al son de dulce avena,
Da el nombre de Amarilis adorado
Al valle y selva amena;
Flérída más risueña y más hermosa
Que Abril de flores lleno,
Blanca como la leche, y más sabrosa
Que fruta en huerto ajeno;
El dulce lamentar artificioso,
Las razones discretas
Con que luchan Salicio y Nemoroso
Menalcas y Dametas;
Galatea, que arroja en pueril juego
La manzana incitante,
Y entre los mimbres se agazapa, luego
Que la ha visto su amante;
Cuanto tú, Garcilaso, y tú, Virgilio,
Cantásteis doctamente;
Cuanto sueña quimérico el idilio
Á orillas de la fuente;
Limpias cabañas entre agrestes lomas,
Honda gruta escondida,
Fuentes y flores, céfiros y aromas,
Luz, aire, amor y vida...
En dulces cuadros, que la dicha puebla
Y un rayo del sol dora,
Hace alegres surgir de la tiniebla
La flauta creadora,
Mientras que giran en el alto espacio
En acordado coro
Las esferas de fuego y de topacio,
Los astros de luz y oro.

UN RAMO DE CLAVELES Y AZUCENAS

Un ramo de claveles y azucenas
Me pusiste en la mesa en que escribía:
Dios, remunerador de acciones buenas,
Te pague la merced, dulce hija mía.

Como al enfermo, á quien la fiebre mata
El fresco manantial, cual los fulgores
Del sol al ciego, para mí fué grata
La bendita limosna de esas flores.

Miro sobre mi mesa amontonados
El viejo in-folio, de pesada glosa,
Los librejos del día, aún no cortados,
El vulgar expediente, ¡horrenda prosa!

La carta insulsa, el memorial prolijo,
El libelo procaz, de amargas hieles,
Y entre el fárrago aquel, ¡oh regocijo!
Tu ramo de azucenas y claveles.

El me dice: ¡Alegria! ¡Primavera!
¡Efluvios del jardín! ¡Luz de la aurora!
¡Soplo vital que al mundo regenera!
¡Naturaleza, siempre creadora!

Mi espíritu, rendido bajo el peso
De insoluble cuestión, de acerva duda;
Mi desmayado corazón, opreso
Por la contienda de la vida, ruda;

Mi orgullosa conciencia, á la que llamo,
Y en el trance fatal hallo indecisa,
Cálmanse todos al mirar el ramo
Do pusiste tu amor y tu sonrisa.

Mi ser inunda el bienhechor aroma
Purificando el alma; y al instante,
Como sol puesto que de nuevo asoma,
La perdida ilusión surge triunfante.

Brilla á mis ojos plácida alborada,
Y llena, con sus trinos hechiceros,
Mi fantasía, selva enmarañada,
Un tropel de calandrias y jilgueros.

DOS AÑOS DESPUES

Soñaba: un ángel ví que descendía
De las mansiones de la luz serenas,
Y llevaba en las manos, ¡oh alegría!
Un ramo de claveles y azucenas.

—«¡Hija!»—grité, y el reprimido llanto
De mis ojos brotaba en largo río;
Ella puso en mi frente ósculo santo,
Y exclamó cariñosa:—«¡Padre mío!

»Desecha tu aflicción; tus duelos calma.
Toma estas flores; te darán consuelo.
¡Para tí, para tí, padre del alma,
Las he cogido en el jardín del cielo!

»Nuncio no son, cual las que amaste un día,
De engañosa ilusión precedera;
Mensajeras serán, que Dios te envía,
De eterna, inacabable primavera.

»Sea cual la azucena tu alma pura,
Cual clavel encendido, tu fe ardiente,
Y gozarás en la suprema altura
Las dichas que tu espíritu presiente.

»Mucho has sufrido, pero no bastante
Para lograr la palma apetecida:
Cuando se acerque el venturoso instante,
Mi mano encontrarás siempre extendida.»

Dijo, miróme con amor, y el vuelo
Alzó de nuevo silencioso y blando:
Dudoso entre la angustia y el consuelo,
Quedé á la vez sonriendo y sollozando.

DON ANTONIO FERNÁNDEZ GRILO

LA CHIMENEA CAMPESINA

A la Duquesa Angela,
viuda de Medinaceli.

Del Betis cristalino
Junto á la orilla;
De Córdoba en los bellos
Alrededores,
Hay una casa blanca,
Pobre y sencilla;
Que siempre me recuerda
Tiempos mejores.

El nogal extendido,
La enredadera,
El álamo frondoso
Con el granado;
La punzadora pita,
La verde higuera,
Tejen la densa urdimbre
De su cercado.

Honrados campesinos,
Entre sus muros,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. DE N. L.
"ALFONSO REYES"
1926. 1825 MONTERREY, MEXICO

Viven al mundo ajenos,
En dulce calma;
Brinda el campo á sus ojos
Goces más puros,
Y en el trabajo encuentran
La paz del alma!

Una tarde de Enero
Llegué á la puerta
De aquella casa blanca
Pobre y sencilla,
Que para el caminante
Siempre está abierta,
Del Betis cristalino
Junto á la orilla.

Saltó el lebrél gozoso,
Fiel vigilante
De la heredad aislada
Que ama y defiende;
Me señaló la senda;
Seguí adelante,
Como el que ve un amigo
Que le comprende.

Bajo las negras vigas
De humilde estancia,
Libre ya de las lluvias
Y el torbellino,
Aspiré los efluvios
De esa fragancia
Que tiene el techo ahumado
Del campesino.

Una hortelana, de esas
Que el campo cría,

Morena como el trigo,
De labios rojos,
En vez de saludarme,
Se sonreía,
Lo mismo con la boca
Que con los ojos.

Todo era paz en ella;
Todo ventura;
Y entre el sayal humilde
De tosca lana
El tesoro envolviendo
De su hermosura,
Era de aquella huerta
La soberana.

Pura como la limpia
Piel del armiño,
Con dos ojos rivales
De dos luceros,
Velaba el sueño dulce
De un tierno niño,
Rubio cual las mazorcas
En los graneros.

Feliz, más que entre perlas
Que el mar regala,
Y más que el potentado
Con su fortuna,
Andaba de puntillas
Sobre la sala,
Para no hacer ruido
Junto á la cuna!

Abre la hoguera al humo
Salida franca:

Al hogar escondido
Su calor presta,
Y de la protectora
Campana blanca,
Con fantástica lumbre
Los bordes tuesta.

Rojos cual los botones
De las granadas,
El leño que crujiente
Chisporrotea,
Á intervalos aviva
Sus llamaradas
En el hueco que forma
La chimenea.

De la vaca obediente
La mansa ayuda
Al agua cristalina
Da movimiento,
Y afuera, en eco grave,
Ó en voz aguda,
Alternan con la noria
La voz del viento.

El dolor por el mundo
Gritos arranca;
La guerra es permanente
Firme el encono;
Y allí, en aquella humilde
Casita blanca,
Una mujer y un ángel
Tienen un trono.

Va cayendo la tarde
Tras las montañas;

La nieve en los caminos
Borra el sendero,
Y allá junto aquel fruto
De sus entrañas,
Ve llegar del trabajo
Su compañero.

Hércules de los surcos
De sus mayores,
Tiene los francos ojos
Llenos de vida;
Y en la eterna faena
De sus labores,
Por el sol y los aires
La piel curtida!

El niño se despierta
Y el lebrél salta:
No hay más que un pensamiento:
Mirar al niño.
Para hallar la ventura
¡Qué poco falta
En el hogar sereno
Donde hay cariño!

Para lograr las dichas
De la fortuna,
Basta un poco de fuego
Y un aire sano;
Un niño que despierte
Sobre su cuna,
Y la blanca vivienda
De un hortelano.

Las llamas perezosas
Que allí ondulaban,

En movibles penachos
Se sucedían;
Y ante aquellos amores
Que se besaban,
De envidia en la ancha hoguera
Se retorcian.

Calor de los esposos,
Nido de fuego,
Que á la santa inocencia
Prestas abrigo;
En la solemne calma
De tu sosiego,
Con lágrimas ardientes
Yo te bendigo!

Estufa campesina,
Que tanto adoro,
No de mármol y jaspes
Finges tus vallas;
Ni aprisionan tus leños
Rejas de oro,
Ni bordadas de flores
Ricas pantallas.

¡Cuántas de las que alumbren
Muros de seda
No lograrán á veces
Matar el frío!
Pues no hay fuego en el mundo
Que vencer pueda
El hielo pavoroso
Que da el hastío!
Luego vendrá la noche;
La blanca luna

Verterá sus reflejos
Sobre la tierra,
Y ante la paz solemne
De aquella cuna,
Se hablará del hermano
Que está en la guerra.

Se hablará de las aguas;
Aguas jugosas,
De la tierra, á las lluvias
Agradecida,
Que dará olor al aire
Y al prado rosas,
Mieles á los racimos
Y al campo vida!

¡Última llamarada
De encantos llena!
Tú eres luz y regalo,
Música y germen;

Y al nutrir con tu fuego
La frugal cena,
Cuando sola te apagues,
¡Será que duermen!

.
.
¡Adiós! de tí me alejo
Con paso grave:
Y tu calor benigno
No trocaría,
Mas que por ese dulce
Calor suave,
De un alma que sintiese
Como la mía!

Hoy al son de los aires
Y el aguacero,
Cuando envuelto entre nubes
El sol no brilla,
¡Quién olvida la tarde
Del mes de Enero,
Del Betis cristalino
Junto á la orilla!

EL INVIERNO

No bien tras las montañas asoma su cabeza,
De nieves coronada, de miedo y de tristeza,
Los himnos de la vida suspende la creación:

Fatídicos espectros en el espacio flotan;
Laméntanse los aires que la muralla azotan;
El monte es un fantasma, el valle un panteón!

Desiertos los caminos, las heredades solas;
Los prados sin la púrpura de agrestes amapolas
De la apretada nieve con la mortaja están!

Los álamos desnudos; sin músicas la sierra;
Parece que ha saltado la mar sobre la tierra
O lo ha arrasado todo, la lava de un volcán!

Abre el arado surcos en hazas y linderos;
En las cercadas huertas se nutren los criaderos;
El árbol tiembla al golpe del rudo leñador;

Renuévase el viñedo con mano cuidadosa,
Para que en dulce néctar la verde vid pomposa
Convierta de las lluvias el manantial creador!

La escarcha tenue borda laderas y collados,
Y buscan los pastores abrigo á los ganados,

En resguardado aprisco burlando el temporal;
La enjuta leña anima las chozas y las casas,
Y el rústico romero, quemándose en las brasas
Perfuma con su aroma las noches del hogar!

El desgarrado velo de la flotante niebla
Las húmedas cañadas y los espacios puebla,
Que corta á trechos largos el huracán veloz;

Entoldan nubes pardas el lóbrego horizonte,
Y escúchase en el campo gemir de monte en
Del cárabo escondido la solitaria voz. [monte

El árbol ya no tiene ni pompa ni follaje,
Ni riza el áura el borde del opulento traje
Que las nacientes hojas tejieronle en Abril;

Las ramas están mustias, los gérmenes dor-
[midos,

Sin hiedra el viejo tronco, sin música los nidos,
Abandonados lechos del pájaro gentil!

El árbol, el anciano señor de la ribera,
El rey de la montaña, la cúpula severa
Que de frescura y sombra los cármes llenó,

El arpa que pulsaron los céfiros suaves,
El techo de las rosas, la tienda de las aves,
El toldo de la siesta del que á su pie durmió,

Hoy... despojado, inmóvil, al polvo vil sujeto,
Su espectro se levanta cual lívido esqueleto
Que los nudosos brazos retuerce sin cesar;

El céfiro desdeña sus últimas congojas,
No duermen ya los pájaros debajo de sus hojas,
Ni vienen en sus frutas los picos á clavar.

¡Ay de sus pobres ramas! el hacha destructora,
Verdugo de sus vástagos, acéchalos traidora,
Hiriendo, al derribarlos, su mismo corazón;

Ayer le coronaron espléndidas guirnaldas
Y hoy el labriego en haces las cuelga á sus es-
[paldas,

Para alumbrar con ellas su mísero rincón!

El mar en tanto muge contra las peñas solas;
Callaron las alegres marinas barcarolas;
Las soñolientas músicas del volador bajel;

El mar es un esclavo que gime en la ribera;
La luna es una antigua constante compañera
Que baja por las noches á reclinarse en él.

Apágase más triste la luz de cada tarde,
La tarde es tibia ráfaga de un sol que apenas
[arde;

La noche es una oscura medrosa eternidad;

El aire es un alerta que cavernoso zumba
Y de la mar lejana entre el fragor retumba
La cólera sublime de ronca tempestad!

En muro y vidrios bota tenaz el aguacero;
Tal vez el son remeda de grito lastimero
Que de olvidada cárcel el viento arrebató;

Tan solo con la luna por las ciudades vela
La fúnebre lechuza, la voz de un centinela
Ó el són acompasado del golpe de un reló.

El patio está en silencio; la enredadera an-
[ciana

Ni trepa por el muro, ni escuda la ventana,
Ni estrellas blancas fingen los nardos al salir;
No está como otras noches de juventud cu-

[bierto,

Ni en la flotante cuerda del ancho toldo abierto,
Las negras golondrinas se paran á dormir.

Detrás de los cristales la calma se concilia;

Bajo el piadoso techo se alberga la familia
Que su ternura enlaza del fuego alrededor;

Solo el silencio turban de la feliz vivienda
La plática sabrosa, la mística leyenda
O la crujierte aguja que borda el bastidor.

La triste luna quiebra sus luces argentinas
Sobre las blancas orlas de escarchas y neblinas,
Cuyas sutiles gasas envuelven tierra y mar;

Y mientras de los campos la túnica blanquea,
El humo azul pregona por la alta chimenea
La vida palpitante del recogido hogar!

¡Invierno melancólico, durante tus veladas,
Clavando en las esferas las húmedas miradas
Y puestas de rodillas, al toque de oración,

Las madres ¡ay! recuerdan, allá un ciprés
[sombrió

Y al pobre niño muerto que temblará de frío
En el helado muro de negro panteón!

No hay quien al par no lllore perdidas alegrías;
El revolver del tiempo, la fuga de los días,
De inútiles quimeras el insensato afán;

Los desterrados lloran la patria que per-
[dieron;

Recuerdan los ancianos los años que se fueron;
Los jóvenes presienten los años que se irán!

Recuerda en la borrasca sus lares el marino;
Las sendas ya pasadas el viejo peregrino;
Sus glorias el guerrero; sus risas el amor;

Las ilusiones idas el corazón doliente;
El huérfano su casa; la virgen al ausente;
Su libertad el siervo; sus trovas el cantor!

Que tú, cansado invierno, retrato de la muerte,